BLACK AND WHITE

REVISTA



INDICE



1

TODO TIENE SU TIEMPO

2

PARA TODO HAY MAÑANA, MENOS PARA LA MUERTE

3

LO QUE NO TE MATA TE HACE MÁS FUERTE

4

GENTE MUCHA, PERSONAS POCA

5

NI TRAGA NI DEJA TRAGAR

6

REFLEXIÓN DEL MES – MUNDO ESPIRITUAL

TODO TIENE SU TIEMPO

El tiempo, la vida y la muerte no responden a la voluntad del ser humano. Todo tiene su momento. En cincuenta años, tanto quien escribe estas palabras como quien las lee ya no estará aquí. Esa es una verdad simple, pero profundamente incómoda.
Podrías preguntarte entonces: ¿qué sentido tiene leer esto? Si en unos días estas palabras perderán fuerza, si mañana mismo tu atención estará en otra cosa, ¿para qué detenerte aquí?
La respuesta no está en la permanencia de lo que lees, sino en el momento en el que lo lees. No hacerlo también es una decisión en tu presente. Y el presente, aunque breve, es el único punto real en el que algo puede ser comprendido.
Decir que todo tiene su tiempo no es una frase para tranquilizarse; es una afirmación que confronta. El ser humano quiere adelantar procesos, exige resultados, busca reconocimiento en el momento exacto que su mente considera correcto. Pero el tiempo no se negocia. Así como la mañana no puede convertirse en noche por voluntad, la vida no puede forzarse a dar lo que aún no corresponde.



Ernesto Gallardo Tirado

EDITOR-IN-CHIEF

TODO OCURRE EN SU TRANSICIÓN: EL DÍA HACIA LA NOCHE, LA VIDA HACIA LA MUERTE, EL INICIO HACIA EL FINAL.

Y en ese movimiento constante, el ser humano se desespera porque no controla el ritmo. Quiere llegar antes de haber entendido. Quiere sostener lo que aún no ha construido. Quiere recibir sin haber madurado.

Ahí es donde aparece una enseñanza más profunda.

Si todo pasa, si todo cambia, si incluso la vida misma se agota... entonces ¿qué permanece?

Las tradiciones espirituales han intentado responder a esa pregunta de distintas formas, pero todas coinciden en un punto: hay algo en el ser humano que no se reduce al tiempo. A eso se le ha llamado alma.

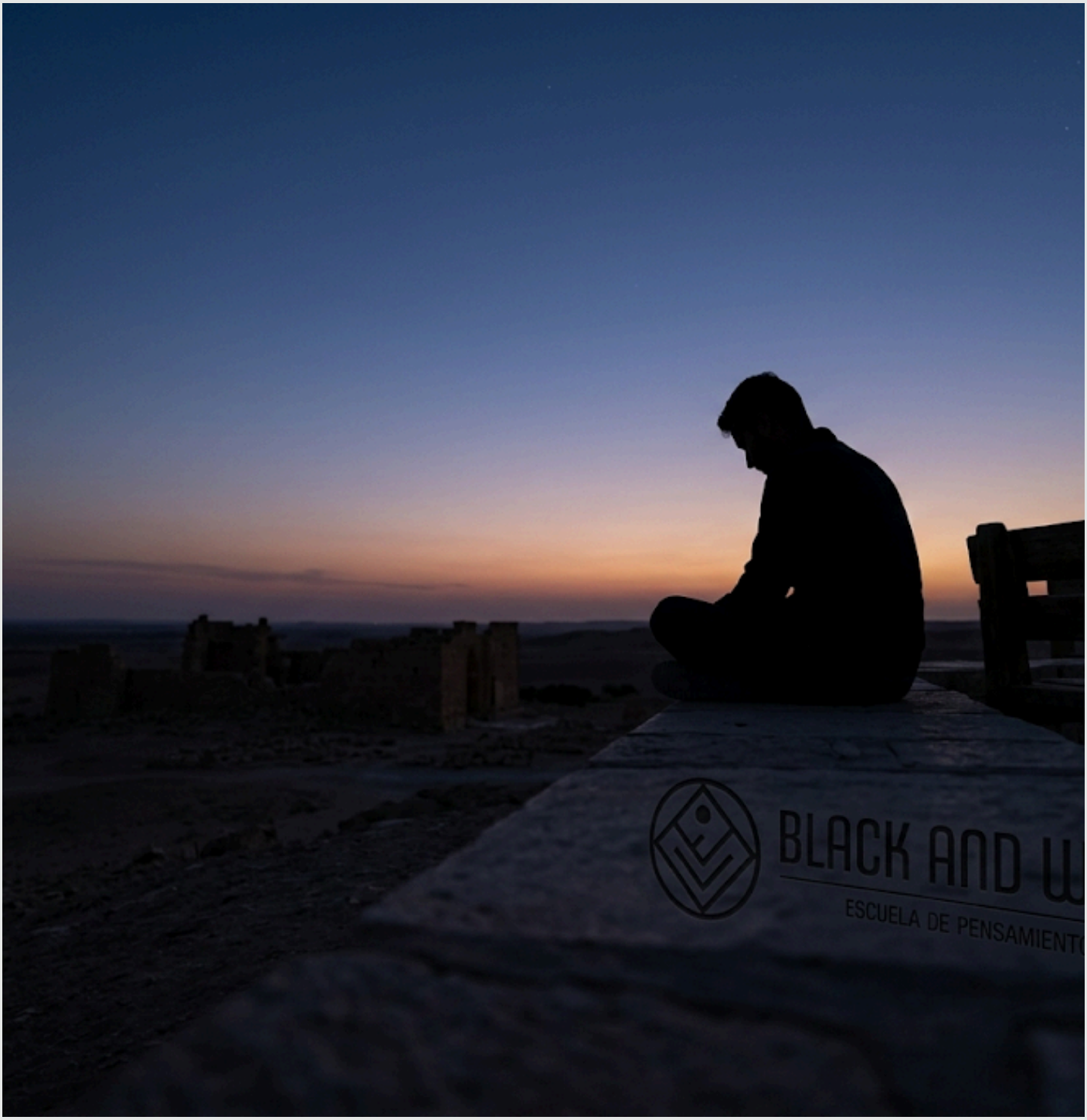
El alma no es una idea romántica ni una creencia decorativa. Es la noción de que existe en el ser humano una dimensión que no depende de lo externo. Algunos la entienden como vida eterna, otros como reencarnación, otros como una permanencia en lo divino. Las interpretaciones cambian, pero la intuición es la misma: hay algo que trasciende.





Y si hay algo que trasciende, entonces el tiempo deja de ser únicamente un límite y se convierte en una oportunidad.
Porque reconocer, en este momento presente, que existe algo más allá de lo inmediato, cambia la forma en la que se vive. Hace que el enfoque no esté solo en ganar, acumular o demostrar, sino en cultivar aquello que permanece cuando todo lo demás desaparece.
Por eso, aunque estas palabras no tengan el mismo peso mañana, sí lo tienen ahora. Y si en este instante te hacen detenerte, observarte o cuestionarte, entonces su tiempo ya se cumplió.
Porque todo tiene su tiempo. Incluso entender.

PARA TODO HAY MAÑANA, MENOS PARA LA MUERTE.





EL SER HUMANO ES IMPERFECTO POR NATURALEZA.

Comete errores, repite conductas y, muchas veces, vive atrapado en hábitos que no eligió conscientemente, sino que fue adquiriendo con el tiempo. Desde que nace, se forma dentro de una estructura: familia, entorno, cultura. Lo que aprende en esas primeras etapas no solo le enseña a vivir, también le enseña a reaccionar.

Por eso, muchos de los conflictos que arrastra no nacen en el presente, sino en una raíz más profunda. Hábitos que parecen propios, pero que en realidad fueron sembrados. Formas de pensar que se repiten sin cuestionarse. Decisiones que no surgen desde la claridad, sino desde la inercia.

Sin embargo, reconocer esto cambia todo.

Porque el problema no es haber adquirido un mal hábito. El problema es sostenerlo cuando ya ha sido reconocido. En ese punto, la ignorancia deja de ser excusa y se convierte en elección.

El ser humano suele creer que siempre habrá tiempo para corregir. Que puede posponer decisiones, aplazar cambios, negociar consigo mismo. “Mañana lo hago”, se dice. Y en muchos casos, ese mañana sí existe. Hay tiempo para intentar de nuevo, para reconstruir, para cambiar dirección.

Pero hay algo que no se negocia: la muerte.

La muerte no espera a que el ser humano esté listo. No se adapta a sus procesos, ni respeta sus excusas. Llega cuando corresponde, no cuando conviene. Y es ahí donde la idea del “después lo arreglo” pierde sentido.

Por eso el cambio no debería depender de la urgencia externa, sino de la conciencia interna.

Cambiar no es un acto superficial. No es solo modificar una conducta visible. Es intervenir en la raíz que la sostiene. Es observarse con honestidad y decidir, de forma consciente, no seguir repitiendo lo mismo. No por presión, no por miedo, sino por comprensión.

En ese proceso ocurre algo importante: el alma se ordena.

No como un concepto abstracto, sino como una experiencia real. Cuando una persona deja de sostener aquello que sabe que la debilita, aparece una sensación distinta. Más clara. Más firme. Más conectada. Es como si algo dentro de ella encontrara dirección.

Algunos lo llaman conexión divina. Otros, simplemente, coherencia.

Pero el principio es el mismo: el cambio alimenta aquello que en el ser humano busca elevarse, no quedarse estancado.
Por eso, aunque para muchas cosas siempre parezca haber mañana, hay una que no admite espera. Y no se trata de vivir con miedo a la muerte, sino de entender su lugar.

No como amenaza.
Sino como límite.

Un límite que, bien comprendido, no paraliza... ordena.





LO QUE NO TE MATA TE HACE MÁS FUERTE

La identidad del ser humano no se construye en la comodidad. Se construye en la adversidad. Es ahí donde realmente aparece el carácter, no cuando todo está en orden, sino cuando la vida rompe aquello que parecía estable. Mientras las cosas funcionan, cualquiera puede sentirse seguro de sí mismo. Pero cuando llega la pérdida, el dolor o la incertidumbre, la imagen que una persona tenía de sí misma comienza a ponerse a prueba.

Y esa prueba no es un accidente. Es parte de la existencia.

El ser humano quisiera vivir evitando el sufrimiento, como si la vida pudiera desarrollarse sin fracturas. Pero la realidad es otra. La enfermedad llega. La muerte llega. Las pérdidas llegan. Hay relaciones que terminan, planes que se derrumban y momentos donde la estabilidad desaparece sin previo aviso. Nadie queda completamente fuera de eso. Cambian las circunstancias, cambian las historias, pero la adversidad toca a todos.

Por eso, aprender a vivir no significa aprender a evitar el dolor, sino aprender a atravesarlo sin perderse completamente en él.

Existe una frase muy repetida: “Lo que no te mata te hace más fuerte”. Sin embargo, pocas veces se comprende realmente. La adversidad no fortalece automáticamente. También puede destruir, endurecer o deformar a una persona. La diferencia está en cómo se enfrenta. Hay quienes convierten el sufrimiento en resentimiento y hay quienes lo convierten en comprensión.

Ahí es donde comienza el verdadero crecimiento humano.



BLACK AND WHITE

No después del éxito, sino después de la caída. Porque cuando todo se rompe, el ser humano se queda frente a sí mismo, sin distracciones, sin reconocimiento externo, sin las estructuras que antes lo sostenían. Y en ese vacío aparece una pregunta inevitable: “¿Quién soy ahora?”

El libro de Job representa con claridad esa confrontación. Job no era un hombre vacío ni alguien que viviera alejado de lo espiritual. Era un hombre recto, estable, respetado. Y aun así perdió casi todo: bienes, estabilidad, familia y salud. La historia no es importante solo por el sufrimiento que atravesó, sino por la tensión interior que produjo. Porque cuando la desgracia llegó, apareció también la presión de encontrar una explicación inmediata.

Sus amigos insistían en una idea simple: si alguien sufre, debe ser porque hizo algo malo. Necesitaban ordenar el dolor dentro de una lógica fácil de entender. Pero la realidad humana no siempre funciona así. Hay dolores que no llegan como castigo inmediato, sino como confrontación con los límites de la existencia.



Job no entendía lo que ocurría. Cuestionó, se quebró, habló desde el cansancio y la desesperación. Y, aun así, siguió buscando sentido. Ahí está la profundidad de la historia. No en la pérdida material, sino en el proceso interno que el sufrimiento provocó.

Porque la adversidad obliga al ser humano a mirar aquello que normalmente evita: su fragilidad.

La salud puede perderse. El cuerpo se desgasta. Las personas que amamos mueren. Las relaciones cambian. Y cuando eso sucede, la ilusión de control comienza a romperse. El ego entiende algo que antes rechazaba: no todo depende de él.

Sin embargo, esa misma fractura puede abrir espacio para algo más profundo. La persona que atraviesa el dolor con conciencia deja de vivir desde la superficialidad. Comienza a valorar distinto, a observar distinto, incluso a entender distinto. No porque el sufrimiento sea bueno en sí mismo, sino porque revela aquello que antes permanecía oculto.

Por eso, la fuerza real no consiste en no caer. Consiste en no quedarse destruido después de la caída.
El crecimiento humano no ocurre porque la vida sea cómoda. Ocurre porque la adversidad obliga al ser humano a transformarse si quiere seguir avanzando. Y aunque nadie desea el dolor, muchas veces es ahí donde nace la comprensión más profunda.

> La adversidad no siempre llega para destruir. A veces llega para mostrarle al ser humano que todavía no conocía realmente quién era.





Se cuenta que Alejandro Magno, considerado uno de los hombres más poderosos de la historia, quiso conocerlo personalmente. Al encontrarlo, Diógenes estaba simplemente sentado tomando el sol. Alejandro, impresionado por la fama del filósofo, le dijo que podía concederle cualquier cosa que deseara.

Gente mucha, personas poca.

Existe una diferencia profunda entre llamar a alguien “persona” y llamarlo simplemente “gente”. A primera vista parecen palabras iguales, pero no representan lo mismo. La palabra “gente” suele utilizarse para hablar de masas, de multitudes, de individuos que existen dentro de una sociedad sin necesariamente cuestionar la dirección de su vida. “Persona”, en cambio, implica algo más difícil: conciencia, responsabilidad y estructura interior.

Diógenes de Sinope comprendía muy bien esa diferencia.
Conocido como “el perro”, no por insulto sino por la forma austera y desafiante en la que vivía, Diógenes rechazaba la superficialidad de la sociedad griega. Criticaba el poder, la riqueza vacía y las apariencias. Mientras otros filósofos enseñaban desde academias, él prefería confrontar directamente la hipocresía humana. Su vida entera fue una crítica contra las personas que aparentaban virtud mientras vivían esclavizadas por el ego, la ambición y la necesidad de aprobación.

Hay una escena que representa perfectamente su postura.



Diógenes respondió con una frase que atravesó siglos:
“Sí. Apártate, me tapas el sol.”

Diógenes respondió con una frase que atravesó siglos: “Sí. Apártate, me tapas el sol.”





Y quizá ese es uno de los problemas más visibles de la época actual: hay demasiada gente y muy pocas personas.

Vivimos rodeados de individuos que han reducido su identidad a impulsos momentáneos. Personas que sacrifican principios por aceptación social, relaciones por conveniencia y dignidad por reconocimiento. Todo se vuelve rápido, superficial y reemplazable. La consecuencia es una sociedad llena de conexión inmediata, pero vacía de profundidad humana.

La escena parece sencilla, incluso arrogante. Pero encierra una enseñanza profunda. Frente al hombre que dominaba imperios, Diógenes mostró que existía algo más importante que el poder: la libertad interior. No necesitaba riquezas, reconocimiento ni favores para sentirse completo. Mientras Alejandro gobernaba territorios, Diógenes gobernaba algo más difícil: sus deseos.

Por eso hablaba de “gente” y “personas”.
La “gente” vive reaccionando a impulsos: traiciona por beneficio, humilla por ego, destruye por envidia y justifica todo mientras le convenga. Cambia de principios según la situación. Busca aparentar antes que comprender. Necesita constantemente ser validada porque interiormente está vacía.

La “persona”, en cambio, sostiene valores incluso cuando no obtiene recompensa inmediata. Entiende el deber, la responsabilidad y la coherencia. No porque sea perfecta, sino porque reconoce que sin estructura interior el ser humano termina perdiéndose en el ruido de la masa.

Por eso alimentar el alma no consiste únicamente en adquirir conocimiento espiritual o repetir discursos sobre conciencia. Alimentar el alma implica construir carácter. Significa desarrollar la capacidad de sostener valores incluso cuando el entorno invita constantemente a abandonarlos.

Porque cualquiera puede actuar correctamente cuando todo le favorece. Lo difícil es conservar integridad cuando hacerlo tiene un costo.
Ahí es donde se revela la diferencia.
No entre ricos y pobres.. No entre exitosos y fracasados. Sino entre quien solo pertenece a la multitud y quien realmente se ha convertido en persona. La pregunta entonces no es cuántas personas conoces.
La pregunta es más incómoda:
¿Tú qué eres?
¿Gente...
o persona?

NI TRAGA NI DEJA TRAGAR

REVISTA BLACK AND WHITE

Existen personas cuyo problema no es únicamente la ambición, sino la incapacidad de soltar el control incluso cuando ya han demostrado que no saben sostenerlo. Son individuos que, movidos por el egoísmo, prefieren ver una estructura colapsar antes que aceptar que otro pueda reconstruirla.



Imaginemos un pueblo atravesando una crisis profunda. La economía debilitada, conflictos internos creciendo, tensión social, desconfianza política y una población cansada de promesas vacías. Durante años, el gobernante de ese lugar tomó decisiones equivocadas. Algunas nacieron de la incompetencia, otras del orgullo, y otras simplemente de la necesidad de mantenerse en el poder. Poco a poco, el pueblo comenzó a deteriorarse.

Finalmente, por presión política, desgaste social o simplemente porque el tiempo terminó alcanzándolo, ese gobernante es removido. La lógica indicaría que, al salir, permitiría una transición limpia para que alguien más intentara reorganizar el caos. Pero el ego rara vez funciona con lógica.

> ***ENTONCES OCURRE ALGO MÁS PELIGROSO.***

Aunque ya no ocupa oficialmente el poder, el antiguo gobernante coloca a una figura cercana como sucesor. No porque confíe realmente en esa persona, sino porque necesita seguir sintiendo control. Quiere seguir decidiendo, seguir influyendo, seguir siendo el centro invisible del sistema. Ya no gobierna directamente, pero tampoco permite gobernar.

Y ahí aparece una de las formas más destructivas del egoísmo: no construir, pero tampoco dejar construir.

ESE MISMO PATRÓN NO OCURRE ÚNICAMENTE EN GOBIERNOS.



El nuevo líder intenta avanzar, pero cada decisión es interferida. Cada cambio es cuestionado. Todo debe seguir girando alrededor de la voluntad de quien ya no debería dirigir. El resultado es desorden. La estructura se paraliza porque existen dos fuerzas ocupando el mismo espacio: una intentando avanzar y otra incapaz de aceptar que su tiempo terminó.

El problema no es político. La política solo refleja algo más profundo: la incapacidad humana de soltar aquello con lo que construyó su identidad.
Muchas personas no aman realmente el poder. Aman lo que el poder les hace sentir. Les da importancia, validación, sensación de permanencia. Y cuando eso desaparece, aparece el vacío. Por eso algunos prefieren destruir antes que aceptar que otro continúe.
Ese mismo patrón no ocurre únicamente en gobiernos.

Sucede en empresas donde antiguos líderes sabotean a quienes vienen después. Ocurre en familias donde alguien necesita controlar cada decisión incluso cuando ya dañó la estructura. Ocurre en relaciones donde una persona no quiere amar ni dejar que el otro encuentre paz. No avanza, pero tampoco permite avanzar.

Es la lógica del ego atrapado en sí mismo.

APURALE, MESERA !!! “EL PROBLEMA DEL PODER NO SIEMPRE ES GOBERNAR¨.

Y al final, ese egoísmo nunca produce estabilidad. Produce desgaste. Porque toda estructura que gira alrededor de una sola necesidad termina debilitándose. El ser humano que no sabe retirarse a tiempo termina convirtiéndose en obstáculo de aquello que decía proteger.

Por eso, desde una perspectiva espiritual, el problema no es únicamente el apego al poder, sino el apego a la identidad construida alrededor de él. El ego quiere permanecer eternamente en el centro. Quiere controlar incluso aquello que ya no le corresponde. Pero toda tradición espiritual seria enseña lo contrario: la vida funciona por ciclos, transición y movimiento.





NADA PERMANECE INMÓVIL.
EL DÍA TERMINA PARA DARLE PASO A LA NOCHE.
LA VIDA TERMINA PARA DARLE ESPACIO A OTRA GENERACIÓN.
INCLUSO LOS IMPERIOS DESAPARECEN.

Quien no entiende esto termina luchando contra el tiempo mismo. Y nadie vence al tiempo.

Por eso el egoísmo nunca conduce realmente a la construcción. Porque construir exige algo que el ego no soporta: humildad. La capacidad de reconocer cuándo dirigir, cuándo detenerse y cuándo hacerse a un lado para que algo más continúe.





Hay personas que destruyen intentando quedarse.

Y hay personas que trascienden porque supieron retirarse.

La diferencia entre ambas no está en el poder que tuvieron, sino en la conciencia con la que entendieron que nada les pertenecía realmente.

Porque al final, quien no deja avanzar a los demás termina quedándose atrapado en su propia ruina.

Ni construye.
Ni deja construir.

REFLEXION DEL MES

YAMA-Era Digital

El ser humano vive como si el tiempo le perteneciera. Hace planes, posterga decisiones, guarda palabras para después y actúa como si siempre existiera otra oportunidad para corregir aquello que sabe que está mal. Pero el tiempo no le pertenece a nadie. La vida avanza incluso cuando la conciencia permanece detenida.

Yama representa precisamente esa confrontación. No como castigo, sino como límite.

El límite que recuerda que toda existencia humana tiene un final. No importa cuánto poder se acumule, cuánto dinero se posea o cuánto reconocimiento se alcance: todo termina enfrentándose al mismo silencio. La muerte no distingue posición social, ideología ni deseos personales. Llega cuando corresponde.

Por eso el problema del ser humano no es la muerte en sí, sino la ilusión de permanencia. Cree que siempre habrá más tiempo para cambiar, para pedir perdón, para dejar atrás hábitos destructivos o para comenzar a vivir con coherencia. Y en esa ilusión desperdicia el presente.



Sin embargo, comprender el límite transforma la forma de vivir.

Cuando una persona entiende que su tiempo es finito, las cosas superficiales comienzan a perder peso. El ego deja de parecer tan importante. La necesidad de validación se vuelve absurda. Muchas discusiones dejan de tener sentido. Y entonces aparece una pregunta más profunda:

¿Qué vale realmente la pena sostener antes de morir?

Yama no destruye la vida. Destruye la fantasía de que la vida es eterna.

Por eso su enseñanza no conduce al miedo, sino a la claridad. Recordar la muerte no debería paralizar al ser humano; debería ordenarlo. Hacerle comprender que cada acción tiene peso, que cada hábito construye dirección y que el tiempo perdido nunca regresa de la misma forma.

El problema no es que la vida termine.

El problema es llegar al final sin haber entendido cómo vivirla.

Porque al final, todos serán alcanzados por el tiempo. Pero no todos habrán despertado antes de que eso ocurra.

4 PILARES DE LA CASA DE ADORACIÓN

BLACK AND WHITE • PRINCIPIOS ETERNOS



1 PRIVACIDAD SAGRADA

- Silencio Absoluto
- No Exposición
- Confianca Ontológica

2 CONCIENCIA ETERNA

- Claridad, no Dependencia
- Discerninmento
- Devolver Responsabilidad

3 RESPONSABILIDAD ESPIRITUAL

- No Cargar Destinos
- Inicio y Cierre Claros ni Apropiación

4 FIDELIDAD METAFÍSICA

- No Estafar
- No Mentir
- No Teatro
- Verdad sin Exageración

• LA PALABRA ES LEY • EL DHARMA ES EL CAUCE • EL ATMA ES EL CENTRO •

BLACK & WHITE

Black and White – Revista Espiritual.
Volumen 1 · Número 1 · SEP. 2026
Fundador: Ernesto Gallardo Tirado
NETO-TAROT Black & White · México
instagram@netotarot





